



En cuanto sonó el teléfono en la Mansión Glass, Claire supo con una sacudida casi física que era su madre.

En realidad no fue tanto una sacudida física, sino más bien una deducción lógica. Hacía varios días le había prometido que la llamaría, y como no lo había hecho, ahora recibía una llamada en el momento más inoportuno.

Conclusión: solo podía ser su madre.

—No contestes —le susurró Shane, su novio (no podía creer que pudiera llamar a alguien de ese modo, *novio*, y no simplemente amigo), sin apartar los labios de los suyos—. Michael lo cogerá. —Aparte de sus palabras, le estaba dando otras razones bastante convincentes para ignorar el teléfono. No obstante, Claire fue incapaz de silenciar la vocecita que surgía de algún lugar recóndito de su mente.

Se deslizó de su regazo con un suspiro de pesar, lamió sus labios húmedos y palpitantes y salió disparada hacia la puerta de la cocina.

Michael se levantaba en aquel momento de la mesa, pero Claire alcanzó el teléfono antes que él, le dirigió una disculpa silenciosa y dijo:

—¿Diga?

—¡Claire! Oh, Dios mío. Me tenías muy preocupada, cielo. Llevamos días llamándote al móvil y...

Mierda. Claire se frotó la frente en un gesto de frustración.

—Mamá, os mandé un correo electrónico, ¿lo recuerdas? Perdí el móvil y estoy intentando conseguir otro. —Mejor no mencionar cómo lo había perdido. Mejor no mencionar nada sobre lo peligrosa que era su vida desde que se había mudado a Morganville, Texas.

—Ah —dijo su madre, más calmada—. Bueno, supongo que a tu padre se le olvidó mencionármelo. Ya sabes que es él quien comprueba el correo. No me gustan los ordenadores.

—Sí, mamá, lo sé. —En realidad no se le daban *tan* mal, pero se ponía muy nerviosa delante de uno, y no sin motivo; los ordenadores solían cortocircuitarse cuando ella estaba cerca.

Mamá seguía hablando.

—¿Va todo bien? ¿Qué tal las clases? ¿Son interesantes?

Claire abrió la nevera y cogió una lata de Coca-Cola. Mientras la abría y daba unos sorbitos, intentó decidir qué podía contar a sus padres, si es que podía contarles algo. *Mamá, ha habido algunos problemillas. Verás, el padre de mi novio llegó con unos cuantos moteros y empezó a matar a diestro y siniestro, y casi nos mata también a nosotros. Ah, y a los vampiros no les hizo mucha gracia, así que para salvar a mis amigos tuve que firmar un contrato que me convierte en la esclava del vampiro más peligroso de la ciudad.*

Sí, eso serviría.

Además, si le decía eso, su madre tampoco lo entendería. Aunque había estado en Morganville, no había *visto* lo que ocurría realmente. La mayor parte de la gente no lo veía nunca. Y si lo veían, se quedaban para siempre atrapados en la ciudad o les borraban sus recuerdos al salir.

Y en el improbable caso de que empezaran a recordar,

podían ocurrirles cosas muy desagradables. Desagradables y *definitivas*.

De modo que Claire se decidió por:

—Las clases son geniales, mamá. La semana pasada saqué la mejor nota en todos los tests.

—No me cabe ninguna duda. ¿No lo haces siempre?

Sí, pero la semana pasada tuve que hacer los exámenes mientras vigilaba que nadie me clavara un cuchillo en la espalda. Lo que podría haber afectado a mi nota media. Menuda estupidez sentirse orgullosa de algo así...

—Todo bien por aquí. Cuando consiga un nuevo móvil te llamaré, ¿de acuerdo? —Claire dudó un instante antes de preguntar—: ¿Cómo estás tú? ¿Y papá?

—Oh, estamos bien, cielo. Te echamos de menos, eso es todo. Aunque a tu padre sigue haciéndole muy poca gracia que vivas en esa casa, fuera del campus, con esos chicos mayores...

De entre todas las cosas que su madre podía recordar, tenía que ser *aquello*. Y, por supuesto, Claire no podía decirle *por qué* estaba viviendo con gente de dieciocho años, especialmente cuando dos de ellos eran chicos. Su madre aún no lo había mencionado, pero era una simple cuestión de tiempo.

—Mamá, ya te dije lo mal que lo pasaba en la residencia. Aquí estoy mucho mejor. Son mis amigos. Y te aseguro que son geniales.

Mamá no parecía muy convencida.

—Eres precavida, ¿verdad? Con esos chicos, quiero decir. Bueno, no había tardado tanto.

—Sí, soy precavida, mamá. —Estaba siendo precavida incluso con Shane, aunque en su caso era más bien porque Shane jamás olvidaba que ella aún no había cumplido los diecisiete, ni él los diecinueve. Pese a que no era una gran diferencia de edad, había algunos aspectos legales a tener en cuenta. Aspectos que podían convertirse en insalvables

si sus padres terminaban por descubrirlo. Lo que probablemente ocurriría—. Saludos de todos, por cierto. Ah, Michael os dice hola.

Michael Glass, el otro chico de la Mansión Glass, había vuelto a sentarse a la mesa de la cocina y estaba leyendo el periódico. Levantó la vista y la miró con los ojos muy abiertos mientras hacía un gesto con la cabeza que no dejaba lugar a dudas: *ni se te ocurra*. Ya había tenido una mala experiencia con sus padres la última vez, y ahora... bueno, las cosas habían empeorado, si es que eso era posible. Por lo menos, cuando los había conocido, Michael aún era medio normal: totalmente humano por las noches e incorpóreo de día, y atrapado en la casa veinticuatro horas, siete días a la semana.

En Morganville, eso te convertía en alguien medio normal.

Para ayudar a Shane, Michael había tomado una terrible decisión. Había recuperado su libertad y un cuerpo físico, pero, a cambio, ahora era un vampiro. Claire no estaba segura de si aquello le inquietaba mucho. Imaginaba que sí, pero su actitud parecía tan... normal.

Tal vez demasiado normal.

Claire escuchó un poco más la voz de su madre y, a continuación, alargó el aparato en dirección a Michael.

—Quiere hablar contigo.

—¡No! ¡No estoy aquí! —murmuró Michael mientras agitaba frenéticamente las manos. Claire movió el teléfono con insistencia.

—Tú eres el responsable —le recordó—. Procura no mencionar lo de... —e imitó el gesto de unos colmillos clavándose en un cuello.

Michael le dirigió una mirada furiosa, cogió el teléfono y recurrió a todo su encanto. Claire sabía que no le costaría demasiado; no solo caía bien a los padres, sino que... bueno, Michael caía bien a todo el mundo. Era listo, gua-

po, sexy, perspicaz, respetuoso... todo en él era adorable, salvo su faceta de no-muerto, claro. Michael le aseguró a su madre que todo iba bien, que Claire se comportaba —cuando puso los ojos en blanco, Claire escupió Coca-Cola por la nariz— y que vigilaba de cerca a la niña de la señora Danvers. Al menos, aquello último era verdad. Michael se estaba tomando demasiado en serio sus autoproclamadas funciones de hermano mayor. Apenas la perdía de vista, salvo cuando la privacidad era innegociable, o cuando se escabullía sin escolta para asistir a clase, lo que ocurría bastante a menudo.

—Sí, señora —dijo Michael. Empezaba a estar un poco tenso—. No, señora. No dejaré que lo haga. Sí. Sí.

Claire se apiadó de él y reclamó el teléfono.

—Mamá, hemos de irnos. Os quiero a los dos.

Su madre aún parecía intranquila.

—Claire, ¿estás segura de que no quieres volver a casa? Tal vez me equivoqué al aceptar que fueras al MIT. Podrías tomarte un año libre para estudiar por tu cuenta, y nos encantaría que volvieras a casa...

Aquello era muy extraño. Normalmente su madre se calmaba en seguida, sobre todo después de hablar con Michael. Claire tuvo una inquietante premonición al recordar lo que Shane le había contado sobre su madre, el modo en que sus recuerdos de Morganville habían empezado a aflorar. El modo en que había muerto a manos de los vampiros porque el condicionamiento no se había asentado.

Ahora sus padres estaban en la misma situación. Habían estado en la ciudad, aunque Claire desconocía cuánto sabían o si habían comprendido algo durante su visita; podría ser suficiente para que estuvieran en peligro mortal. Debía hacer todo lo que estuviera en su mano para mantenerlos a salvo. Lo que significaba olvidarse de su sueño de ir al MIT, ya que si se marchaba de Morganville

—asumiendo que pudiera salir de la ciudad—, los vampiros la rastrearían y la traerían de vuelta, o la matarían. Y también a toda su familia.

Además, ahora Claire también *tenía* que quedarse porque había firmado un contrato que la ligaba a Amelie, la Fundadora de la ciudad. El mayor y más peligroso de todos los vampiros, pese a que en raras ocasiones mostraba esa faceta de su carácter. Al final, se había convertido en la única esperanza de Claire para mantener con vida a sus amigos, y a ella misma.

Hasta el momento, el contrato no había sido nada del otro mundo. No había aparecido ninguna noticia al respecto en el periódico local, ni Amelie se había presentado para reclamarle su alma o algo por el estilo. De modo que tal vez todo aquel asunto pasaría... sin dejar huella.

Su madre seguía hablando del MIT, pero Claire no se sentía con ánimos de pensar en eso. Siempre había soñado con ir a una universidad como MIT o CalTech, y era lo suficientemente inteligente como para conseguirlo. Incluso había logrado que la aceptaran antes de tiempo. Era terriblemente injusto que ahora se encontrara atrapada en Morganville como una mosca en una telaraña. Durante unos segundos dejó que la amargura y la ira la dominaran.

Muy bonito, se burló su parte más brutalmente honesta. Estarías dispuesta a sacrificar la vida de Shane por cumplir tus sueños, porque sabes que eso es lo que ocurriría. Con el tiempo, los vampiros encontrarían una excusa para matarlo. No serías mejor que los vampiros si no hicieras todo lo que está en tu mano para evitarlo.

La amargura desapareció, aunque el pesar no parecía dispuesto a seguir el mismo camino. En el fondo, confiaba en que Shane jamás descubriera cómo se sentía al respecto.

—Mamá, lo siento pero he de ir a clase. Te quiero. Dile a papá que también le quiero, ¿lo harás?

Claire colgó pese a las protestas de su madre, soltó un

suspiro de alivio y miró a Michael, quien a su vez la miraba compasivamente.

—No es sencillo hablar con los padres —dijo—. Lo siento.

—¿Tú nunca hablas con los tuyos? —preguntó Claire mientras se deslizaba en la silla que quedaba frente a la suya en la pequeña mesa de la cocina. Michael bebía algo en una taza; por un instante temió que fuera sangre, pero entonces reconoció el aroma a avellana del café. Aunque no los nutriera, los vampiros podían disfrutar con la comida, y lo hacían a menudo.

Michael tenía un aspecto sospechosamente radiante aquella mañana; un rubor en el rostro, una energía de movimientos que no había tenido la noche anterior.

Aquella mañana había tomado algo más que un simple café. ¿Cómo lo había hecho exactamente? ¿Se había colado en el banco de sangre? ¿Habría servicio a domicilio?

Claire tomó nota mental para comprobarlo en otro momento. Sin levantar sospechas.

—Sí, los llamo de vez en cuando —dijo Michael mientras doblaba el periódico (o el periodichucho local, dirigido por vampiros) y cogía un fardo más pequeño de cuartillas enrolladas y aseguradas con una goma—. Son exiliados de Morganville, por lo que hay muchas cosas que no recuerdan. Es más seguro para ellos si el contacto es mínimo. Prefiero escribirles. Sabes que controlan tanto el correo físico como el electrónico, ¿verdad? Y casi todas las llamadas quedan registradas, sobre todo las de larga distancia.

Michael arrancó la goma y desplegó las baratas cuartillas del segundo periódico. Claire leyó la cabecera del revés: *La Gaceta Colmillo*. En el logotipo aparecían dos estacas formando una cruz. Muy extraño.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? —Michael agitó el periódico y se encogió de hombros—. Lo escribe el capitán Obvio.

—¿Cómo?

—Capitán Obvio. Ese es su seudónimo. Lleva unos dos años publicando este periódico clandestino.*

En Morganville, aquella palabra podía significar muchas cosas.

Claire enarcó las cejas.

—Entonces... ¿el capitán Obvio es un vampiro?

—No, a no ser que tenga un grave problema de personalidad —dijo Michael—. El capitán Obvio odia a los vampiros. Si alguien se pasa de la raya, lo publica y... —Dejó la frase en el aire. Mientras leía el titular, abrió mucho la boca, aunque no tardó en volver a cerrarla. Tenía el rostro completamente lívido, y sus ojos azules transmitían una gran preocupación.

Claire le arrancó el periódico de las manos, le dio la vuelta y empezó a leer:

NUEVO CHUPASANGRE EN LA CIUDAD

Michael Glass, una prometedora estrella de la música con demasiado talento para esta retorcida ciudad, se ha pasado al Lado Oscuro. Aunque aún no conocemos todos los detalles, estamos en disposición de asegurar que Glass, que ha estado recluido estos últimos años, ha pasado a engrosar las filas de la Banda del Colmillo.

Nadie sabe exactamente cómo o dónde sucedió, y dudo que el propio Glass esté dispuesto a hacer declaraciones, pero deberíamos estar más que preocupados. ¿Significa esto más vampiros y menos humanos? Después de todo, él es el primer no-muerto en varias generaciones.

Tened cuidado, chicos y chicas: puede que Glass tenga un aspecto angelical, pero ahora es un demonio en toda regla. Quedaos con su cara, muchachos. ¡Ha entrado a formar parte de nuestro Club Mejor-Muertos-Que-Vivos!

* Juego de palabras intraducible. En el original «underground», que puede significar tanto «clandestino» como «subterráneo», «bajo tierra». (N. del T.)

—¿El Club *Mejor-Muertos-Que-Vivos*? —leyó Claire en voz alta, horrorizada—. Está bromeando, ¿no? —Junto al artículo aparecía la fotografía de Michael, probablemente sacada del anuario del instituto, modificada digitalmente para hacerla encajar en una lápida.

Con unos horripilantes colmillos a la vista.

—El capitán Obvio nunca dice directamente que hay que matar a alguien —dijo Michael—. Es muy escrupuloso elaborando sus frases. —Claire se dio cuenta de que su amigo estaba enfurecido. Y asustado—. Tiene nuestra dirección. Y conoce nuestros nombres. Al menos no os ha señalado a ninguno de vosotros como vampiros. Aún. Esto no tiene buena pinta. —Michael se estaba recuperando de la conmoción tras ver su foto en primera página y ahora empezaba a considerar las implicaciones de todo aquello. Claire llevaba rato haciéndolo.

—Y... ¿por qué los vampiros no intervienen? ¿Por qué no lo detienen?

—Lo han intentado. Los dos últimos años han detenido a tres personas que aseguraban ser el capitán Obvio, pero finalmente se demostró que no sabían nada. El capitán podría enseñar un par de cosas a la CIA sobre cómo llevar una operación encubierta.

—Entiendo. Entonces no es tan *obvio* como su nombre podría sugerir —dijo Claire.

—Creo que más bien pretende ser irónico —dijo Michael antes de dar un sorbo rápido a su café—. Claire, no me gusta nada todo esto. Como si no tuviéramos suficientes problemas ya, y ahora...

Ambos se sobresaltaron cuando la puerta de la cocina se abrió repentinamente, golpeando con fuerza la pared. Eve se acercó como un torbellino hasta la mesa y apoyó ambas manos en ella. Hoy no tenía un aspecto muy gótico; pese a que su cabello seguía siendo negro mate, lo llevaba

recogido en una cola de caballo, y ni la sencilla camiseta de algodón ni los pantalones negros tenían una sola calavera. Tampoco se había maquillado. Casi parecía... normal. Lo que resultaba realmente *extraño*.

—Muy bien —dijo desplegando otro ejemplar de *La Gaceta Colmillo* delante de Michael—. Por favor, dime que tienes una respuesta concisa para esto.

—Me aseguraré de que los tres estéis a salvo.

—Bien, pero no es la respuesta que esperaba. ¡No es por nosotros por quien estoy preocupada! ¡No han utilizado el Photoshop para meter nuestra foto en una lápida! —Eve miró de nuevo la fotografía—. Aunque sí, mejor muerto que con esa cara... Dios, ¿es la foto de graduación?

Michael cogió el periódico y lo puso boca abajo sobre la mesa.

—Eve, no ocurrirá nada. Al capitán Obvio le encanta hablar, eso es todo. Nadie me hará nada.

—Claro —dijo otra voz. Era Shane, que había seguido a Eve para no perderse el espectáculo. Se apoyó en la pared junto a los fogones y se cruzó de brazos—. Una cosa, ¿por qué no seguimos diciendo estupideces? —dijo—. Sabes perfectamente que esto te traerá problemas. —Claire esperaba que Shane se acercara a la mesa y se uniera a ellos, como solía hacer siempre.

Pero esta vez no lo hizo. Shane no permanecía mucho tiempo en la misma habitación con Michael desde... la transformación. Y tampoco le miraba directamente a los ojos, solo de reajo o en ángulos extraños. Desde entonces también se había acostumbrado a llevar colgada del cuello una de las cruces de plata de Eve, aunque aquella mañana quedaba oculta bajo la camiseta gris que llevaba puesta. Claire se dio cuenta de que estaba mirando fijamente el contorno apenas visible de la cruz.

Eve le ignoró; solo tenía ojos para Michael.

—Sabes que ahora eres un objetivo de todos los *Buffys* en

ciernes, ¿verdad? —Claire había visto *Buffy Cazavampiros*, pero no tenía la menor idea de cómo lo había conseguido Eve; en Morganville, *Buffy* era material prohibido, como el resto de las películas o los libros en los que aparecían vampiros. O, mejor dicho, donde se mataba a los vampiros. Las descargas de internet también estaban controladas, aunque seguramente debía de existir un lucrativo mercado negro para el tipo de cosas que le gustaban a Eve.

—¿Como tú? —dijo Michael. Aún no había olvidado el arsenal de estacas y cruces que Eve guardaba en su habitación. En los viejos tiempos, no parecía una idea muy descabellada en Morganville. Pero ahora parecía más bien la receta perfecta para el estallido de la violencia doméstica.

Eve se quedó con la boca abierta.

—Yo nunca...

—Lo sé —dijo Michael, cogiéndole la mano—. Lo sé.

Eve se calmó, aunque no tardó mucho en soltarse y volver a fruncir el ceño.

—Mira, esto es muy *peligroso*. Saben que eres un objetivo mucho más fácil que el resto, y te odiarán más porque eres uno de los nuestros. De *nuestra* edad.

—Tal vez —dijo Michael—. Eve, siéntate, por favor. Siéntate.

Eve se dejó caer sobre la silla y no dejó de agitar frenéticamente el pie ni de repiquetear la mesa con sus uñas pintadas de negro.

—Esto tiene muy mala pinta —dijo—. Lo sabes, ¿verdad? Nueve coma cinco sobre diez en la escala de voy-a-vomitara.

—¿Comparado con qué? —le preguntó Shane—. Ya convivimos con el enemigo. ¿A cuánto asciende eso en tu escala? Ah, y no te olvides de incluir los puntos suplementarios por acostarte con uno...

Michael se puso en pie tan rápidamente que su silla se volcó y cayó el suelo con estrépito. Shane se enderezó y apretó los puños, listo para la pelea.

—Cierra la boca, Shane —le dijo Michael sin perder la compostura—. Lo digo en serio.

Shane miró a Eve por encima del hombro de Michael.

—Acabará mordiéndote. No podrá evitarlo. Y en cuanto empiece, no se detendrá. Acabará *matándote*. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? ¿Qué pretendes, Eve? ¿Dejarte llevar por una especie de macabro ideal gótico de suicidio romántico? ¿Te has vuelto una colmillera?

—Cierra el pico, Shane. Lo poco que sabes de la cultura gótica lo aprendiste viendo los viejos episodios de *La familia Monster* y de las enseñanzas de la Hermandad Aria de tu padre. —Genial, ahora Eve también estaba alterada. Aquello dejaba a Claire como la única persona cuerda de la habitación.

Michael intentó quitarle hierro al asunto.

—Venga, tío. Déjala en paz. Ahora eres *tú* quien la acosa, no yo.

Shane giró la cabeza y le clavó la mirada. Con intensidad.

—Yo no acoso a nadie. Si has querido decir eso, será mejor que lo retires ahora mismo, capullo.

Shane se separó de la pared cuando Michael empezó a caminar hacia él. Claire observaba la escena con los ojos muy abiertos, estupefacta.

Eve se interpuso entre ambos y extendió los brazos para mantenerlos a distancia de seguridad.

—Venga, tíos. En realidad no queréis hacerlo.

—¿Por qué estás tan segura? —dijo Shane con frialdad.

—Como queráis. Pero una de dos: u os pegáis o alquiláis una habitación —soltó Eve mientras se apartaba—. Porque esto no tiene nada que ver con proteger a una pobre chica desamparada. El problema lo tenéis vosotros. O sea que solucionadlo de una vez o largaos. Vosotros mismos.

Shane la observó un segundo con ojos desorbitados y mirada dolida. Cuando miró a Claire, esta continuó inmóvil.

—Me largo —dijo Shane. Se dio la vuelta y salió de la cocina. La puerta osciló a su espalda.

Eve soltó el aire.

—No pensaba que se iría —dijo de un modo tan precario que, por un segundo, Claire creyó que se pondría a llorar—. Menudo *idiota*.

Claire alargó el brazo para cogerle la mano. Eve se la apretó con fuerza y después se hundió en los brazos de Michael. Vampiro o no, los dos parecían felices, y de todas formas Michael era *Michael*. Claire no podía entender el enfado de Shane. Parecía desbordarse en el momento más inesperado y sin motivo aparente.

—Será mejor que... —probó, y Michael asintió.

Claire se levantó de su silla y fue en busca de Shane. No le costó mucho. Estaba tumbado en el sofá, con la mirada perdida en la pantalla del televisor y con el mando de la PlayStation entre las manos, jugando a otro juego de zombis.

—¿Ahora estás de su parte? —le preguntó mientras le reventaba la cabeza a un monstruo.

—No —dijo Claire, sentándose lentamente a su lado pero dejando el suficiente espacio entre ambos para que no se sintiera presionado—. ¿Desde cuándo hay dos bandos?

—¿Cómo?

—Michael es tu amigo, nuestro compañero de piso. ¿Por qué tiene que haber bandos?

Shane hizo chasquear los dedos.

—Espera un momento. Mmm... Ah, sí, ¿porque es una sanguijuela chupasangre y rastrera que *antes* era mi amigo?

—Shane...

—Crees saberlo todo pero no es así. Michael cambiará. Todos lo hacen. Puede que tarde un tiempo, no lo sé. Ahora mismo cree que es un humano mejorado, pero se equivoca. Es un humano *corrupto*. Será mejor que no olvides eso.

Claire le observó en silencio. Estaba sorprendida, y muy triste.

—Eve tiene razón. Hablas como tu padre.

Shane se estremeció, detuvo el juego y dejó caer el mando al suelo.

—Golpe bajo, Claire. —Shane no era precisamente el fan número uno de su padre; no podía serlo, después de todas las crueldades que había tenido que sufrir por su parte.

—Pero es la verdad. Estamos hablando de *Michael*. ¿No puedes darle el beneficio de la duda? No ha hecho daño a nadie. Y tienes que admitir que tener a un vampiro de nuestro lado, y en su caso *realmente* de nuestro lado, no nos viene mal precisamente. Sobre todo aquí, en Morganville.

Shane no despegó los ojos de la pantalla, la mandíbula tensa. Claire intentaba pensar en algo más para poder llegar a él pero el timbre de la puerta la interrumpió. Shane no se movió.

—Iré yo —dijo con un suspiro, y avanzó por el pasillo hasta la puerta principal. Era bastante seguro: media mañana, día soleado y templado. Después de achicharrar toda la vegetación de Texas, el verano finalmente estaba dando paso al otoño.

Claire entrecerró los ojos ante el resplandor de la mañana. Por un momento creyó que sus ojos le jugaban una mala pasada.

Porque al otro lado de la puerta apareció su archienemiga, la Reina Zorra Mónica Morrell, flanqueada por sus habituales arpías, Gina y Jennifer. Era como ver a Barbie y sus amigas, en tamaño real y vestidas como maniqués de *Old Navy*. Bronceadas, tonificadas y perfectas, desde el brillo de labios hasta el esmalte de las uñas de los pies. Mónica tenía una expresión de forzada amabilidad. Gina y Jennifer lo intentaban, pero más bien parecía como si estuvieran oliendo algo podrido.

—¡Hola! —dijo Mónica alegremente—. ¿Tienes planes para hoy, Claire? He pensado que podríamos dar un paseo.

Ya está, pensó Claire. Estoy soñando. Aunque esto es más

bien una pesadilla. *¿Mónica fingiendo que somos amigas? Definitivamente era una pesadilla.*

—Mmm... ¿qué quieres? —preguntó Claire, pues su relación con Mónica, Gina y Jennifer se había iniciado cierto día en el que la empujaron escaleras abajo, y desde entonces no había hecho más que empeorar. Ella era poco más que un gusano insignificante para las Chicas Superguays. En el mejor de los casos. O... un instrumento. *¿Estaría relacionado aquello con Michael?* Porque su estatus había pasado de «músico eremita» a «vampiro buenorro» en solo una noche, y estaba claro que Mónica era una colmillera, ¿no?—. ¿Quieres hablar con Michael?

Mónica le dirigió una mirada extraña.

—¿Por qué querría hablar con él? ¿Le gusta ir de compras a plena luz del día?

—Ah. —No supo cómo contestar a aquello.

—Un poco de terapia de compras y después podemos estudiar —dijo Mónica—. Queremos ver qué tal está ese nuevo sitio. No el Territorio Neutral. Está tan pasado de moda. Y no me apetece pasarme el día bajo el ala de Oliver. Ahora que es el nuevo Protector de mi familia, está de lo más pesado, hasta me ha pedido que le enseñe mis notas. Un asco, tía.

—Yo...

—Vamos, ayúdame, ¿qué te cuesta? Necesito ayuda urgente en economía, y estas dos son un cero a la izquierda. —Mónica descartó a sus dos mejores amigas con un simple gesto de la mano—. En serio. Ven con nosotras, por favor. Me irá bien tu poder mental. Creo que deberíamos conocernos un poco mejor, ¿no crees tú lo mismo? Teniendo en cuenta cómo han cambiado las cosas...

Claire abrió la boca pero volvió a cerrarla sin decir nada. Las dos últimas veces no había ido a ninguna parte con Mónica; más bien acabó tendida de espaldas en el suelo de una furgoneta mientras le pegaban y la aterrorizaban.

Finalmente consiguió tartamudear:

—Sé que puede sonar un poco brusco pero... ¿qué coño pretendes?

Mónica suspiró y, por extraño que pueda parecer, adoptó una expresión afligida.

—Sé cómo te sientes. Sí, me he portado mal contigo y te hice daño. Lo siento. —Gina y Jennifer, su sempiterno coro griego, asintieron y repitieron la disculpa en voz baja—. Agua pasada, ¿de acuerdo? ¿Amigas?

Después de aquello, Claire quedó aún más desconcertada.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Mónica se mordió sus relucientes labios, se inclinó hacia adelante y bajó la voz hasta adoptar un tono casi confidencial:

—Vale... lo sé, no es que me haya golpeado la cabeza o algo así y crea de repente que eres alguien guay. Pero ahora eres diferente. No puedo evitarlo. Si quieres, puedo presentarte a toda la gente interesante de por aquí.

—¿Estás de coña? ¿Por qué soy diferente ahora?

Mónica se acercó aún más a Claire.

—Has firmado.

Entonces... aquello no tenía nada que ver con Michael. Claire ahora era... popular. Porque se había convertido en una propiedad de Amelie.

Y eso sí que era algo realmente terrorífico.

—Ah —consiguió decir, y más lentamente—: Aah.

—Confía en mí —le dijo Mónica—. Necesitas conocer a alguien con contactos. A una persona con recursos.

Si en el planeta solo quedaran Mónica y Jack el destripador, Claire hubiera confiado más en el segundo.

—Lo siento —le dijo—. Tengo planes. Pero... gracias de todos modos. Tal vez otro día.

Cerró la puerta ante la expresión sorprendida de Mónica y dio vuelta a la llave. Dio un respingo cuando, al dar-

se la vuelta, se encontró con Shane justo a su espalda, observándola como si fuera la primera vez que la viera.

—¿*Gracias?* —la imitó—. ¿Acabas de darle las gracias a esa zorra? ¿Por qué, Claire? ¿Por pegarte? ¿Por intentar matarte? ¿Por matar a mi hermana? Por Dios. Primero Michael y ahora tú. Ya no os conozco, a ninguno de vosotros.

Y se marchó cómo solía marcharse. Claire oyó el estruendo de sus pasos recorriendo el salón y, después, la escalera. Y, poco después, el tan familiar portazo.

—¡Oye! —le gritó—. ¡Solo estaba siendo educada!